

Cervantes, nuestro contemporáneo

JULIÁN MOREIRO

Madrid, 2016

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca
Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A
28013 Madrid
Depósito Legal: M-24012-2016
Maquetación: A.D.I. Pza. de Argüelles, 7. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

Cervantes, nuestro contemporáneo

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA UNIVERSIDAD DE
MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 5 DE MAYO DE 2016)

Los aniversarios de personajes notables de nuestra historia suscitan con frecuencia la polémica. ¿Sirve de algo acordarse de Santa Bárbara solo cuando truena y mantener en un rincón del olvido al homenajeado el resto del tiempo? ¿No es cosa de paletos, de patriotas de mercadillo y de políticos ignorantes y oportunistas esto de celebrar tantos años del nacimiento o la muerte de alguien, gastando alegremente el dinero público que tanto escasea, para volver después a la indiferencia de la rutina? ¿A cuántos de los que salen en la televisión haciendo elogios tópicos les importa un rábano el homenajeado? ¿Han leído con detenimiento su obra, han visto reposadamente sus cuadros, han disfrutado con su música? ¿A qué, pues, tanto alboroto, tanta hipocresía, tanto arrobamiento de ocasión? Esto piensan unos.

Otros (que a veces son los mismos: somos así de incoherentes) se rasgan las vestiduras ante la simpleza o la insuficiencia de los actos conmemorativos, despotrican contra el gobierno y los gestores culturales por su falta de sensibilidad y lamentan no vivir en un país capaz de mostrar más vergüenza torera y más amor por el patrimonio nacional. ¿Acaso no saben nuestros políticos que nadie merece más agradecimiento que quienes contribuyeron con su arte o su inteligencia científica a poner a España en el mundo? ¿Cómo es posible que haya presupuesto para organizar un torneo deportivo, matar una manada de toros o quemar un quintal de fuegos artificiales, pero no para organizar congresos, festivales y actos académicos en honor de un personaje irrepetible? El problema, según uno de

nuestros últimos académicos, Félix de Azúa, radica en que “nuestros gobiernos financian el analfabetismo.” Nada menos.

La disputa parece irresoluble: propensos como somos a organizar banderías, estar a favor o en contra de las celebraciones se ha convertido en una actitud parecida a defender o atacar los toros, ser del Madrid o del Barcelona o votar a la izquierda o la derecha. Se trata de posturas irreconciliables que se definen, principalmente, por las bravas: a este lado de la raya están quienes piensan como yo y al otro los demás. Y a esos, ni agua. Basta con leer los periódicos, oír la radio o ver la televisión cuando se aproxima una efeméride para comprobar que personas de formación similar y parecido peso específico se despachan con la misma pasión a favor o en contra de los actos que se programan.

Viene esto a cuento de que, hace unos días, el 23 de abril, se cumplieron cuatrocientos años de la muerte de Cervantes, justo un año después de que se cumplieran otros tantos de la aparición de la segunda parte del *Quijote*. Y ha vuelto a suceder: nadie está contento, por exceso o por defecto, con lo que se ha hecho para honrar al Manco de Lepanto; y la polémica se ha agudizado por la reciente búsqueda de los restos del escritor en el convento de las Trinitarias de Madrid. A muchos, el intento les pareció innecesario, cuando no ridículo, cómico o propio de un país esperpéntico. Sin embargo, otros se quejaron de que la indagación no contara con más presupuesto.

Unas semanas atrás los periódicos avisaron de que los actos oficiales conmemorativos en honor de Cervantes o iban retrasados o no tenían programación concreta. Y se abrió la caja de los truenos. La prensa preguntó a nuestros intelectuales, y estos echaron sapos y culebras. Aprovecharon para asegurar que España es tan tristemente diferente, que lo mejor es cederles nuestras glorias a otros países porque a nosotros nos vienen anchas. Así lo expresaba el novelista Javier Cercas: “Me había preguntado muchas veces si los españoles nos merecíamos a Cervantes. Ahora ya sé que no. Es más: que los ingleses se queden a Cervantes; lo tratarán mejor”. Porque en España, según el académico Javier Marías, “se procura matar a los muertos” y Cervantes le importa un comino a “una sociedad ahistórica y tirando a iletrada.” Cuando analizan la vida cultural española, nuestros intelectuales parecen jugadores de las siete y media: ya se sabe lo que sucede las más de las veces en ese juego, como bien decía Don Mendo en la obra de Muñoz Seca, que o te pasas o no llegas.

Rasgarse las vestiduras es una pasión española que resulta inconveniente para la salud ciudadana, necesitada de tratamientos de mejora y no de varapalos. Las efemérides son una oportunidad para acudir al médico, y tal sucede con el aniversario cervantino. De los homenajes puede no derivarse nada positivo, o puede que no se vea el beneficio hasta pasado un tiempo; pero nunca resultan contraproducentes y quizás algún despistado, con el ruido de los fastos, termine haciendo un descubrimiento venturoso. De eso se trata.

Un hombre sin suerte

Repasemos con brevedad la vida de Cervantes, de la que a ciencia cierta no sabemos gran cosa; ni siquiera conocemos un retrato suyo cuya autenticidad esté fuera de duda. La figura del escritor encumbrado lo ocupa todo y casi oculta a la persona que vivió en su tiempo. Pero tenemos una certeza: fue un hombre con mala suerte, prueba de que, a quienes señala el dedo de la gloria, con frecuencia los golpea la adversa fortuna.

Nacido en Alcalá de Henares en 1547, poco conocemos de sus años de formación, que algunos suponen más bien escasa: de ahí que se lo haya llamado “ingenio lego” y se haya puesto en duda su cultura, infundadamente. Otro lugar común –todo lo relacionado con Cervantes abunda en tópicos– consiste en afirmar que *El Quijote* está tan por encima del resto de su obra, que parece un milagro salido de su pluma por arte de magia pues el talento del autor no está a la altura de su creación. Aunque esas afirmaciones, y otras parecidas, se han hecho durante siglos, hoy nadie duda de la cultura de Cervantes ni de la calidad de otras creaciones suyas, como *Las novelas ejemplares*.

Su estancia en Italia entre 1569 y 1575, adonde huyó tras herir en duelo a un sujeto llamado Antonio Sigura, lo enamoró para siempre de aquel país, donde el Renacimiento estaba en pleno apogeo. Buscando un modo de vida, quiso hacer carrera como militar pero la fortuna no se lo permitió. Resultó herido de dos arcabuzazos en la batalla de Lepanto, en la que participó, enfermo y febril, a bordo de la galera “Marquesa”. En adelante tendría como timbre de gloria haber sido uno de los protagonistas de aquella batalla. Y al mezquino Avellaneda, que se burla de él por ser manco, le advierte que sus heridas no fueron fruto de una penencia en alguna taberna, sino que las recibió en “la más alta ocasión que vieron

los siglos pasados, los presentes y esperan ver los venideros”. De ahí que, en otro lugar, dijera que su herida, aunque pareciera fea, la tenía por hermosa.

En 1575 regresó a España decidido a obtener el grado de capitán, pero la galera en la que viajaba fue atacada por piratas turcos y hubo de sufrir cautiverio durante cinco años en Argel, tiempo en el que, según sus propias palabras, aprendió “a tener paciencia en las adversidades” tras ver frustrados cuatro intentos de fuga. Sabía muy bien de qué hablaba cuando puso en boca de Don Quijote, en la segunda parte de su novela, estas hermosas palabras:

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.

Fue liberado por los frailes trinitarios, una vez reunieron los 500 escudos que los corsarios pedían.

De vuelta en Madrid, abandonó sus propósitos de hacer carrera militar, comenzó a escribir, se casó a los 37 años con Catalina de Salazar, de solo 19, y siguió pasando penalidades económicas. Colocado en Sevilla como comisario para proveer de trigo a la Armada Invencible, ciertos problemas administrativos dieron con él en la cárcel de la ciudad andaluza, donde algunos dicen que empezó a urdir *El Quijote*, cuya primera parte terminó en Valladolid, ciudad a la que se trasladó en 1604. Perseguido por su mala estrella, fue procesado con toda su familia por las heridas que recibió un caballero en la puerta de su casa, aunque pronto se probó su inocencia y la de los suyos. Sufrir tantas adversidades, que sobrellevó con estoicismo, permitió a Cervantes conocer la complejidad, las contradicciones y debilidades del ser humano; un conocimiento que plasmó admirablemente en su obra y es una de las grandes aportaciones cervantinas a la historia de la literatura.

En 1606 se trasladó a Madrid, donde viviría los diez últimos años de su vida, los más fecundos de su carrera, como si hubiera esperado a reunir la experiencia, la melancolía y el conocimiento necesarios para dar a la estampa obras maestras. Y murió pobre. Los genios, por serlo, son siempre unos adelantados a su tiempo y, con frecuencia, pasan desapercibidos entre sus contemporáneos mientras otros

personajes de menor talla se llevan el éxito y la fama. Es una paradójica ley de vida. Cervantes pudo ver cómo las gentes encumbraban a escritores de menor entidad; quizás por eso hace decir a Don Quijote, en el capítulo III de la segunda parte, en diálogo con el Bachiller Sansón Carrasco:

Para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento. Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios: la más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar a entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios, en cuanto a verdad; pero, no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos.

A lo que el Bachiller responde, por cierto, con una sentencia clásica, no original del alcaíno, que se ha repetido muchas veces: “No hay libro tan malo que no tenga algo bueno”.

Cervantes no consiguió ser reconocido como gran poeta ni triunfó en el teatro, relegado a un segundo plano por un huracán llamado Lope de Vega, que entendía el espectáculo de otra forma e impuso su criterio en los corrales. Hoy apreciamos sus *Entremeses*, que eran teatro menor, destinado a entretener al público en los entreactos de las comedias. El fracaso debió de dolerle especialmente pero asumió la primacía de Lope, por el que siempre sintió alguna envidia y a quien lanzó algunas discretas pullas en diversos textos.

Llegó tan tarde al éxito –tenía 57 años cuando se publicó la primera parte de las aventuras del Ingenioso Hidalgo- que el anónimo autor del Quijote de Avellaneda lo llamó “viejo” para desacreditarlo y burlarse de él, a lo que Cervantes respondió en el prólogo a la segunda parte de su novela: “No se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años”. La galanura con que se defiende de los ataques ajenos -aunque no se prive de usar con tiento la ironía o el sarcasmo cuando resultan eficaces- nos habla de un hombre que ha aprendido, en efecto, a sobrellevar la adversidad con elegancia. La crítica

habla de su magistral manejo de la ironía, convertida en referencia permanente de las letras hispánicas. Pero huyó de la sátira, como dice en su *Viaje del Parnaso*:

Nunca voló la pluma humilde mía
por la región satírica, bajeza
que a infames premios y desgracias guía.

Y presumió de ser un escritor cabal, honrado:

Nunca pongo los pies por do camina
la mentira, la fraude y el engaño,
de la santa virtud total ruina.

En fin, murió con las botas puestas, quiero decir, con la pluma en la mano. Cuatro días antes de fallecer, y tras recibir la extremaunción, redactó la dedicatoria de su último libro, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. “Puesto ya el pie en el estribo / con las ansias de la muerte/ gran señor, esta te escribo”, dice, parafraseando versos célebres, dirigiéndose al conde Lemos, don Pedro Fernández de Castro. Era el 19 de abril de 1616. Por fortuna y consuelo para él pudo conocer antes de morir el enorme éxito de las aventuras de Don Quijote, que andaban ya en boca de todos y a todos hacían pasar muy buenos ratos; saberlo debió de ayudarle a irse en paz.

Una paz de la que no gozan plenamente sus huesos, perdidos entre otros muchos restos anónimos en un convento madrileño que está en la calle de Lope de Vega, en tanto que la casa de Lope de Vega se encuentra en la calle de Cervantes. Un capricho de los duendes del callejero.

La llamada de los clásicos

Y bien, ¿qué nos dice hoy Miguel de Cervantes? ¿Qué pito puede tocar en un mundo como este, que en nada se parece al suyo? ¿No está ya más que amortizado? ¿Acaso puede interesarle a alguien que no se gane la vida con la filología? ¿Puede enseñarnos algo un autor tan antiguo? Preguntas como estas se hacen, por ejemplo, los alumnos de secundaria y bachillerato que sienten como una condena leer a autores que no son de su tiempo y están convencidos de ser víctimas de la sevicia de sus profesores. Pero esas preguntas se las hacen también muchas otras personas porque sufren un engaño: no saben que Cervantes es tan contemporáneo suyo como quienes figuran en su grupo de *guasap*.

Cervantes es un clásico. Ni más ni menos. Y un clásico no es una persona cualquiera. Es un faro. Una guía. Una luz que alumbró el camino. Leer a los clásicos es una experiencia enriquecedora como pocas. Lo advierte Azorín en el prólogo a su libro *Lecturas españolas*:

Un autor clásico es un reflejo de nuestra sensibilidad moderna. La paradoja tiene su explicación. Un autor clásico no será nada, es decir, no será clásico, si no refleja nuestra sensibilidad. Nos vemos en los clásicos a nosotros mismos. Por eso los clásicos evolucionan: evolucionan según cambia y evoluciona la sensibilidad de las generaciones. Complemento de la anterior definición: Un autor clásico es un autor que siempre se está formando. No han escrito las obras clásicas sus autores; las va escribiendo la posteridad. No ha escrito Cervantes el *Quijote*, ni Garcilaso las *Églogas*, ni Quevedo los *Sueños*. El *Quijote*, las *Églogas*, los *Sueños* los han ido escribiendo los diversos hombres que, a lo largo del tiempo, han ido viendo reflejada en esas obras su sensibilidad. Cuanto más se presta al cambio, tanto más vital es la obra clásica.

Fijémonos bien en lo que dice Azorín: un autor clásico es siempre un contemporáneo del lector, que reescribe lo que lee si sabe hacerlo suyo. Y notemos también que, frente a lo que podríamos creer en principio, la obra clásica es cambiante y sabe adaptarse a distintas sensibilidades. Nadie, pues, puede sentirse ajeno a un clásico por mucho que medie entre el tiempo en que el autor vivió y el que vive el lector. Una corriente de afectividad entre uno y otro trasciende la temporalidad; de ahí que el escritor Umberto Eco, recientemente desaparecido, pudiera decir que “la lectura es una inmortalidad hacia atrás”. Los escritores clásicos disfrutaban de la misma atemporalidad que notamos en todos los grandes: Velázquez es un pintor de ahora mismo; los anónimos maestros que levantaron las catedrales románicas y góticas son arquitectos que asombran hoy.

Cervantes es un clásico, decía. Para algunos, es el clásico por excelencia, y no solo en el ámbito hispánico, aunque para nosotros resulte fundamental porque, como dice Antonio Muñoz Molina, *El Quijote* es “una fuente de conocimiento muy importante sobre España”. En efecto, leyéndolo uno se sorprende al descubrir un país que, en sus virtudes, en sus vicios y sus insuficiencias, se parece bastante a este de cuatrocientos años después. Nada de lo humano le fue ajeno a Cervantes, a quien podríamos recurrir incluso para entender (ahora que tan difícil nos resulta) cuál es la sustancia de un pacto. Sancho Panza, al mediar en

la disputa entre el barbero y don Quijote sobre si están ante una bacía o ante el yelmo de Mambrino, da con una sabia solución a la contienda: aquello es un *baciyelmo*. ¡La de enojos y frustraciones que nos ahorraríamos si diéramos por buenos los *baciyelmos* que la realidad pone ante nuestros ojos!

Están tan preñadas de enseñanzas las obras cervantinas que, si alguien se muere sin haber leído al menos *El Quijote*, aparte de arder en el infierno, se irá sin haberse entendido del todo a sí mismo ni haber comprendido cabalmente a los demás: cómo somos, qué mueve nuestros actos, a qué aspiramos secretamente... Se habrá perdido una experiencia extraordinaria. Tiene razón Luis Landero: “Uno no es igual después de leer *El Quijote*”. Bien que lo saben los escritores, que para crecer y encontrar su propia voz, necesitan tener ahí, más o menos próxima, pero presente, la referencia cervantina. Ningún otro creador ha mantenido intacta esa jerarquía literaria por encima de las modas, los experimentos y las transformaciones que se han llevado por delante valores que creímos consagrados.

Los lectores comunes, los que solo somos escritores con la imaginación, necesitamos de tiempo en tiempo regresar al *Quijote* como quien vuelve a casa, y hacer en él una parada, breve o larga, para recuperar fuerzas. No creo que haya libro que admita más relecturas, pues, una vez vivida la experiencia de leerlo, es imposible resistirse a la fuerza misteriosa de sus páginas, que reclaman nuestra atención una y otra vez. Los clásicos crean adicción, enganchan; y afortunadamente no se ha descubierto un antídoto capaz de contrarrestar sus efectos.

Cervantes y los lectores

Dicho lo cual, reconozcámoslo: no es fácil llegar a Cervantes. Los españoles no tenemos relaciones cordiales con el escritor ni con *El Quijote*. Nunca hemos sabido qué hacer con ellos, dónde ponerlos dentro de la sala de trofeos patrios. Nos cuesta gestionar semejante herencia, nos abrumba. Y, como resultado de esa anomalía, en España se lee poco a Cervantes. La culpa es un poco de todos, aunque cada quien mire con afán censor a los demás para excusar la propia responsabilidad. Veamos.

La escuela ha dado bandazos en su manera de tratar al *Quijote*: sus relaciones han sido siempre conflictivas. Muchas personas de mi generación recuerdan con disgusto los dictados a los que hubieron de enfrentarse en su niñez, consistentes en escribir un pasaje del *Quijote* lleno de términos incomprensibles y de ortogra-

fía doblemente azarosa: al azar que siempre representa para los escolares la grafía correcta se añadía la desazón provocada por palabras nunca oídas, que el maestro iba desgranando ceremoniosamente mientras paseaba entre los pupitres.

Más tarde, se optó por hacer del *Quijote* una lectura académica y los libros de texto de bachillerato se llenaron de sesudos análisis y de guías que se esforzaban en hacer ver al lector, con dudosa eficacia, aspectos técnicos y eruditos de la novela cervantina. Después, la enseñanza obligatoria se extendió hasta los 16 años para toda la población y el bachillerato se puso a tiro de casi toda; esa conquista obligaba a poner la cultura —que durante mucho tiempo fue privilegio de pocos— al alcance de la mayoría, una tarea compleja. A los adolescentes de hoy, que tienen tantas ofertas y tantas fáciles vías de acceso a la información, *El Quijote* les produce desasosiego, lo ven como una imposición enojosa, como un castigo incluso. Y los profesores nos movemos entre la perplejidad y el desaliento, entre el deseo de acercar a los jóvenes un texto que no puede estar alejado de ellos y el miedo a perder definitivamente un lector por el exceso de celo o la deformación profesional. El lugar del *Quijote* en las aulas suscita controversia entre los profesores, y hay departamentos que cuentan con *fanáticos e indiferentes*. Los primeros son partidarios de administrar Cervantes a machamartillo con la misma disposición de quien alimenta al pavo para que engorde; los segundos son proclives a abandonar antes de haber planteado siquiera la batalla. La mayoría idea estrategias año tras año con tanto esmero como escepticismo. Leer o no leer *El Quijote*: he ahí una de las cuestiones académicas más peliagudas.

¿Influirá en las dificultades la salud lectora del profesorado? Indudablemente: solo un lector experto es capaz de entender los problemas del inexperto. A los profesores la formación lectora se les supone, como se les suponía el valor a los antiguos reclutas. Y sin embargo... Hay pocos datos precisos al respecto, pero conozco uno preocupante. En 2005 se publicaron los resultados de un estudio realizado entre 800 profesores de la comunidad autónoma de Murcia, según los cuales solo el 7 por ciento de los maestros y el 30 por ciento de los profesores de secundaria confesaban haber leído *El Quijote* en una edición íntegra. Desconozco si puede hacerse extensivo ese dato al resto de las regiones españolas, aunque me lo temo; pero es una información turbadora, no solo por lo que desvela acerca del equipaje de los profesores, sino porque el gusto por la lectura solo puede transmitirlo —o contagiarlo— un lector habitual y convencido.

La población en general sabe recitar el principio del *Quijote* porque no hay comienzo más famoso en la historia de la literatura y se aprende casi al mismo tiempo que se aprende a andar. También tiene noticia de la aventura de los molinos de viento, de las cuchilladas a los pellejos de vino y de algún otro pasaje. Anda por casa alguna edición del libro, incluso lujosa, cuidadosamente colocada en un estante o en el mueble del salón. De vez en cuando la miramos con una mezcla de aprensión y de respeto y todos los primeros de enero nos decimos: “De este año no pasa: voy a hacer régimen y voy a leer ese libro de principio a fin”.

Las estadísticas permiten afirmar que el cuadro que he pintado no es una exageración. El año pasado, el CIS realizó una de sus macroencuestas con motivo del cuarto centenario de la segunda parte del *Quijote* (asunto, por cierto, del que carecía de noticia el 54 por ciento de la población). De acuerdo con las respuestas de los encuestados (y debemos suponer que más de uno diría una mentirijilla para disimular), el 40 por ciento de los españoles no ha leído una sola línea del libro; un 21 por ciento confiesa haberlo leído entero y otro tanto conoce solo algunos fragmentos. No es para tirar cohetes, la verdad. *El Quijote* asusta a buena parte de los ciudadanos españoles, pero convengamos en que resulta cínico seguir diciendo aquello de que “es muy gordo” en tiempos en que tienen tanto éxito sagas novelísticas de varios miles de páginas.

En fin, los cervantistas, los estudiosos, han mantenido durante años un discurso exclusivista, solo apto para iniciados, y lo han considerado un texto casi litúrgico. Los románticos subrayaron sus aspectos trascendentes y, a partir de entonces, se obvió su condición de libro cómico, divertidísimo, que es el que lo hizo tan popular desde que fue editado. Los eruditos, para su desgracia, piensan que el humor no es serio como objeto de estudio. En las últimas décadas, los cervantistas han hecho un esfuerzo de aproximación al público lector y es justo reconocerlo, aunque tengo la sensación de que el público en general se encuentra aún lejos de conectar con ellos. Los expertos en materia literaria deberían marcarse como objetivo principal cuando salen a la tribuna pública el de animar a la lectura, pero a veces parecen guiados más que nada por el afán de lucir *palmito*. Por si fuera poco, el efecto siete y media antes mencionado sigue produciendo algunos excesos verdaderamente chuscos. Verán.

Sabido es que Cervantes no quiso acordarse del lugar de la Mancha en que vivía el bueno de Alonso Quijano, y que ello ha dado lugar a un montón de especulaciones y a que todos los pueblos manchegos hayan reclamado alguna vez ser

la patria del Ingenioso Hidalgo. Pues bien, en 2005 un grupo de especialistas en diversas materias de la Universidad Complutense publicó un estudio titulado *El lugar de La Mancha es...* en el que, tras una serie de complejos cálculos (incluido el de la posible distancia recorrida por Rocinante y el rucio de Sancho cada día), llegaban a la conclusión de que el lugar omitido por Cervantes era Villanueva de los Infantes, provincia de Ciudad Real. Sorprende que personas tan sesudas se empeñen en descubrir de dónde era un personaje inexistente aplicando cálculos científicos a una obra de ficción, pero así es. Más recientemente, otro investigador ha concluido que en realidad el caballero era de Mota del Cuervo, provincia de Cuenca, y hasta ha explicado por qué Cervantes no quiso mencionar el nombre del pueblo: un alcalde de la localidad se negó a casarse con la hermana mayor del escritor y este, en represalia, dejó a los moteños compuestos y sin gloria.

Esos estudios pintorescos tienen su público y alimentan la fantasía popular. Mi amigo Felipe Pedraza, catedrático de Literatura en la Universidad de Castilla La Mancha, me contó que, en las varias conferencias que dio sobre *El Quijote* en ese mismo año conmemorativo, siempre había algún asistente que al final preguntaba: “¿Pero Don Quijote pasó o no pasó por este pueblo?”, como si en vez de un personaje novelesco se tratara de un viajante de comercio. Y qué decir de la teoría según la cual Cervantes era un catalán convertido en español por fraude histórico...

No, no acabamos de tener una relación natural y fecunda con Cervantes y con *El Quijote*. Hay demasiada gente tratando de imponer a los demás su propia interpretación del libro: los profesores a los alumnos, los cervantistas a los profesores y el vecino del tercero al del bajo C. Nada menos acorde con un libro que admite diversas formas de acercamiento. El mismo Cervantes defendió la variedad de lecturas en un pasaje más citado que tenido en cuenta. Pertenece al capítulo III de la segunda parte, al momento en que el caballero repone fuerzas en su aldea mientras proyecta una nueva salida. El Bachiller Sansón Carrasco le proporciona entonces noticia del éxito que está obteniendo la primera parte de sus hazañas y, para encarcelarlo, afirma: “Los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran”.

Nuestro escritor tenía una idea clara de la complejidad de su relato. Convencido de que se trataba de un texto lleno de posibilidades, perspectivas y que caben todos los lectores y todas las lecturas, que unos pueden buscar el matices afirma mero entretenimiento en sus páginas y jugar con ellas, mientras otros encuentran

estímulos para la reflexión. Cervantes propone una suerte de barra libre de lectores en la que nadie quede excluido, con independencia de su capacidad intelectual, su edad o su procedencia. Es una generosa llamada a apropiarse del texto desde la naturaleza de cada quien y, también, una advertencia contra lecturas excluyentes o privilegiadas. No parece que le hagamos mucho caso.

Y permítanme que me refiera en este punto a un debate surgido hace no muchos años y en plena vigencia en la actualidad: la conveniencia o inconveniencia de adaptar el texto cervantino para hacerlo más comprensible al lector de nuestro tiempo. Para valorar el problema –y hay opiniones apasionadamente enfrentadas sobre cuál ha de ser la solución–, conviene tener en cuenta que hoy hay más lectores que nunca; pero que también, y por eso mismo, hay más lectores precarios que los que había hace años, cuando leer era un signo de distinción intelectual y definía a un grupo selecto. De ahí que la cuestión de tocar o no a los clásicos se plantee en nuestro tiempo mucho más que en el pasado. Lo he discutido a veces con otros profesores; algunos creen que hay que respetar un texto tal como salió de la pluma de su autor; para mí es lícito -y aconsejable- adaptarlo, como se hace con el teatro sin que nadie se extrañe.

Hay lectores incapaces de descubrir en los clásicos el reflejo de la sensibilidad moderna porque, sencillamente, no los entienden: se pierden en un idioma que es el suyo, pero cuya naturaleza estilística les resulta ajena. Ciertos cervantistas consideran que no se debe acceder al *Quijote* hasta disponer de la formación adecuada para comprenderlo. Pero eso discrimina a los lectores inexpertos, los priva de disfrutar con un libro que cada vez considerarán más alejado de su sensibilidad e impide que aprendan a leer mejor con él. Las adaptaciones, en esa circunstancia, son imprescindibles; tiempo tendrán de acceder al texto original quienes hayan podido interesarse por él desde la aproximación, siempre que esta sea inteligente y respetuosa.

Una breve visita al *Quijote*

El caso es facilitar la lectura a todo el mundo. Leer es un ejercicio sano, ideal para mantener a raya el nivel de colesterol mental sin necesidad de tomar pastillas. A mis alumnos más escépticos o descreídos solía decirles que también es un magnífico plan de jubilación, cuyo capital no está sujeto a los riesgos y vaivenes del mercado ni al devenir del Pacto de Toledo. Y es, además, un antídoto contra

la vulnerabilidad humana, como advirtió Santa Teresa: “Lee y conducirás; no leas y serás conducido.” Leer nos permite salir de lo que somos para convertirnos en otros; en palabras de Umberto Eco, “el que no lee, a los 70 años habrá vivido solo una vida; quien lee habrá vivido 5.000 años”.

No hay mejor regalo para un escritor que leer su obra, de modo que voy a dar la palabra al homenajeado. Les invito a entrar en su universo, sea por primera vez o en viaje de reconocimiento. La relectura permite comprender aquello que decía Azorín sobre los clásicos: evolucionan con el lector para ser, en cada momento, sus coetáneos. Miran siempre de frente, como esos personajes de los cuadros cuyos ojos nos siguen, aunque cambiemos el lugar desde el que los observamos.

Leamos, pues. Regresemos esta misma tarde al *Quijote*, abrámoslo por cualquier página y dejémonos seducir por la prosa de Cervantes. Les propongo, a modo de invitación, hacer dos calas en esta novela inconmensurable. Fijémonos, en primer lugar, en el capítulo XI de la primera parte, en el discurso sobre la edad dorada que don Quijote endilgó a unos estupefactos cabreros que ese anochecer habían dado de cenar al caballero y a su escudero. El hidalgo se dirige a un grupo de personajes simples y analfabetos, una audiencia del todo inadecuada para su arena. Esta falta de acomodo entre lo que se dice y a quién se le dice es uno de los recursos más frecuentes de la ironía cervantina. Imaginar la estampa del arrebatado caballero andante pronunciando su discurso ante unos gañanes que no entienden ni jota, mientras contempla en su mano un puñado de bellotas que ha cogido de una encina y Sancho se atiborra de vino, resulta ciertamente cómico. Pero Don Quijote los mantiene en suspenso con su oratoria; y lo mismo nos sucede a nosotros, lectores del siglo XXI, tan fascinados por la palabra como aquellos cabreros manchegos:

Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban

su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar, ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, sola y señora, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento le menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero.

Ante este nostálgico canto al paraíso perdido nos quedamos como los cabreros: “embobados y suspensos”.

La segunda cala pertenece también a la primera parte, ahora al capítulo XXV. Don Quijote y Sancho están en Sierra Morena, donde el caballero, imitando lo leído en los libros de caballerías, se propone hacer, en paños menores, mil cabriolas y locuras por el dolor que le causa el desdén de su dama. Al pedirle al escudero que lleve una carta a su amada, desvela Don Quijote la identidad de la labradora que ha convertido en la princesa Dulcinea. Sancho se queda de una pieza y se burla de la moza y de su enamorado, dando pie a uno de los alegatos quijotescos más hermosos del libro:

-¡Ta, ta! —dijo Sancho—. ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

-Esa es —dijo don Quijote—, y es la que merece ser señora de todo el universo.

-Bien la conozco —dijo Sancho—, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar que la tuviere por señora! ¡Oh hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y, aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo...

-Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. No, por cierto, sino que las más se las fingen por dar sujeto a sus versos y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo. Y, así, bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linaje, importa poco, que no han de ir a hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar, más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan

consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa, ninguna le iguala, y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina. Y diga cada uno lo que quisiere; que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos.

Cervantes expone aquí, por boca del caballero, toda una teoría acerca del amor, que tres siglos más tarde pondría en verso Antonio Machado:

Todo amor es fantasía;
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía;
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada,
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás.

Todo amor es fruto de la fantasía, que engrandece y hermosea al amante o a la amada para distinguirlos del común de los mortales, atribuyéndoles virtudes que no están tanto en la realidad como en los deseos de quien ama. Por eso Don Quijote responde al demoledor discurso del escudero, que solo ve en la moza lo que ven los sanchopanzas: “Por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra”. Es la mirada del amante la que sublima a la amada: “Yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo”. Don Quijote no se engaña esta vez, o es consciente, en todo caso, de que el engaño forma parte de la esencia del amor: “Para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo”. El enamorado inventa a la amada, como sabe todo el que tenga dos dedos de frente, acaba diciendo nuestro personaje, por más que los ignorantes – Sancho entre ellos- se lo afeen.

He aquí un texto que el lector interpreta de modo muy distinto en función de su edad, o, mejor, de su experiencia. Para los jóvenes, el parlamento de Don Quijote no hace sino confirmar su extravagancia, o su locura: no distingue lo real de lo imaginado y vive en su mundo; va a su bola, como ellos dicen. Para quienes acumulan mayor experiencia, lo que Don Quijote dice viene a confirmar lo

vivido: el amor se alimenta de la fantasía, naturalmente, lo cual no lo hace menos cierto. Estas cosas del corazón son un laberinto de contradicciones. Y diga cada uno lo que quisiere, como concluye nuestro hidalgo.

Termino. En el discurso que pronunció al recibir el Premio Nobel, en diciembre de 2010, Mario Vargas Llosa afirmó:

Las mentiras de la literatura se vuelven verdades a través de nosotros, los lectores transformados, contaminados de anhelos y, por culpa de la ficción, en permanente entredicho con la mediocre realidad. Hechicería que, al ilusionarnos con tener lo que no tenemos, ser lo que no somos, acceder a esa imposible existencia donde, como dioses paganos, nos sentimos terrenales y eternos a la vez, la literatura introduce en nuestros espíritus la inconformidad y la rebeldía, que están detrás de todas las hazañas que han contribuido a disminuir la violencia en las relaciones humanas.

Miguel de Cervantes es un virtuoso de ese juego de las mentiras que se vuelven verdades. Y es la más alta encarnación del paradójico aserto que hiciera, muchos años más tarde, el escritor francés Boris Vian: “En este libro todo es verdad porque yo me lo he inventado”. Apenas ponemos el pie en el innominado lugar de la Mancha, descubrimos que nada hay más cierto ni más nutritivo que la invención del *Quijote*. Dejémonos, pues, de estériles polémicas, bajemos a Cervantes del pedestal que nos intimida y hagamos de la suya una voz familiar, respetada y escuchada por lectores de todas clases: los que manosean los libros, los que los leen, los que los entienden y los que los celebran. Cada uno en su casa y Cervantes en la de todos.

Primavera de 2016

Nota biográfica

Julián Moreiro ha sido catedrático de enseñanza secundaria. Ha publicado diversos estudios relacionados con la didáctica de la lengua y la literatura (*Cómo leer textos literarios*, Edaf, 1996, *De Harry Potter al Quijote. La lectura en la escuela secundaria*, Cénlit, 2012) y con la historia de la literatura (*El teatro español contemporáneo, 1939-1989*, Akal, 1990) y ha editado en colecciones diversas obras de autores como Ana María Matute, Silverio Lanza, Camilo José Cela, Valle-Inclán o Carmen Martín Gaité. Interesado por el estudio del humor contemporáneo, es coautor de una antología de *La Codorniz* (1998) y de otra del humor en los años setenta (*El humor en la transición*, 2001). En 2004 publicó una biografía de Miguel Mihura (*Mihura. Humor y melancolía*, Algaba, 2004) y en 2008 *Espanoles excesivos* (Edaf, 2008), donde traza con irónica distancia la semblanza de algunos personajes peculiares de nuestra historia, desde Cabeza de Vaca a Millán Astray, pasando por el duque de Lerma o Sor Patrocinio. Ha pronunciado varias conferencias en la UMER y es autor de los Cuadernos UMER nº 84, *Escritoras pioneras del Siglo XX en España. Cuando la literatura era cosa de hombres* y nº 92, *Elogio de la palabra*.